

las sesiones conciliares y formaron parte de Comisiones. No es, pues, fácil presentar datos nuevos. Con todo, la labor de G. Geremia resultará útil. Con base en una documentación de primera mano ampliamente recogida, podemos apreciar la fatigosa labor de redacción hasta llegar al texto aprobado en la solemne votación final del 21 de noviembre de 1964.

L. TURRADO

HERBERT HAAG, *El diablo, un fantasma*. (Controversia, 13). Editorial Herder, Barcelona 1973. 120 × 200 mm., 83 págs.

El conocido autor del *Bibel-Lexikon*, profesor de teología vetero-testamentaria en la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Tübinga, desciende al campo de la divulgación bíblica con este folleto que hace el n.º 13 en la Colección "Controversia" de la Editorial Herder.

Con la seriedad y profundidad que le caracterizan, Haag muestra "cómo los enunciados bíblicos sobre Satán no forman parte de la sustancia permanente del mensaje, sino únicamente de una idea cósmica que no puede tener vigencia permanente; cómo la figura de Satán en el A.T. no pasa de ser una solución de emergencia, que brotó de las exigencias religiosas del judaísmo; cómo algunas aseeraciones de los Evangelios, que a primera vista parecen confirmar la creencia en Satán, en realidad la impugnan; cómo el cristianismo, cuando ha elevado la doctrina de Satán a la categoría de tema central de su predicación, ha convertido la buena nueva en mensaje terrorífico; y cómo una recta visión del problema no es obstáculo para la espiritualidad cristiana más auténtica".

Quizá la valentía y honradez del autor no sean suficientes para convencer a todos sus lectores. No todos aceptarán sin reparos que las llamadas o consideradas "soluciones de emergencia" del judaísmo tardío (entre las que habría que colocar la enseñanza de *Sabiduría* sobre el más allá) no puedan constituir revelaciones nuevas. Aun admitiendo que el N.T. se amolde sin más a los cuadros mentales del judaísmo anterior, cuesta trabajo creer que impugne la creencia en el diablo. Quizá exagera también Haag el aspecto de mensaje terrorífico que el Cristianismo da a la existencia del diablo.

La valentía en plantearse el problema no justifica del todo la radicalidad en las conclusiones. Es un tema que merece estudio en mayor profundidad.

S. MUÑOZ IGLESIAS

L. M. BARTH, *An Analysis of Vatican 30*. Hebrew Union College-Jewish Institute of Religion. Cincinnati, 1973. 155 × 235 mm., XVII + 342 págs.

El prestigioso centro de estudios judaicos *Hebrew Union College-Jewish Institute of Religion*, con sede en los E. U. y en Jerusalén, inicia con la presente obra una nueva serie de monografías estrictamente eruditas,

bajo el título general "*Monographs of the Hebrew Union College*", que, conforme se indica en la Introducción, "por su nivel científico merecen publicarse, aun no siendo rentables", propósito digno de todo encomio y de imitación. Se proponen continuar la labor en torno a la llamada "Ciencia del Judaísmo", iniciada el pasado siglo sobre todo por obra de Leopold Zunz, pero interrumpida por la desaparición de tantos eruditos en los luctuosos sucesos de la cuarta y quinta década del presente. "La Judería norteamericana, actualmente la más numerosa del mundo, consciente de esa imperiosa necesidad, ha tomado sobre sí esa tarea", que facilitarán los hombres de Letras, excelentes bibliotecas y —esperamos, dicen— filántropos emprendedores, deseosos de fomentar esta empresa. Ni que decir tiene les deseamos el éxito más lisonjero.

El *Vaticano 30* es un manuscrito, cuya primera mención se encuentra en el Catálogo de los hermanos Assemani, publicado en Roma, 1756, y reimpresso en París, 1926. Va titulado: *Midrás 'al Séfer B're šit*, "Expositio allegorica in librum Genesis" y fechado en el siglo XIII.

En el capítulo I ofrece Barth, a modo de introducción, una reseña de la "secondary literature" del ms., un desfile de los investigadores que de una u otra forma se han ocupado del mismo. En el II se hace una descripción externa; el III trata de los "escribas" o amanuenses que en él dejaron su huella, seis, en opinión de Barth, a diferencia de U. Cassuto, que señaló tres solamente, y razona con toda meticulosidad su hipótesis mediante ejemplos de las varias grafías, así como también diferencias de tipo lingüístico y técnico que se aprecian. Plantéase en el cap. IV "La cuestión crucial", a saber, si ha existido más de una copia del Vat. 30. En sentido afirmativo pensó M. Sokoloff, basándose en los diferentes tipos de escritura empleados por los referidos amanuenses, como reflejo de supuestos originales distintos, opinión que a Barth no le parece convincente, y aduce varios argumentos en pro de la contraria. El cap. V versa sobre "La relación del Vat. 30 con otros anteriores testimonios". Interesante es la *Conclusión* que cierra este capítulo: "Ningún autógrafo manuscrito copiado por el autor o compilador del *B're šit Rabbá*^a se nos ha conservado. Los mss. de que disponemos se basan en un número desconocido de ejemplares procedentes del original, y el cotejo con los varios testimonios restantes demuestra que el Vat. 30 en su conjunto representa ese original. Fue copiado por cuatro o seis amanuenses del mismo ejemplar, probablemente en Egipto en el siglo X o el XI.

El resto del estudio, desde la pág. 121 hasta la 246 —capítulo VI— contiene varios capítulos del Vat. 30 como ejemplos, con indicación del amanuense respectivo: B, cap. 46; C, cap. 67; D, cap. 81, y catorce facsimiles, de los amanuenses A, B, C, D. La parte siguiente, desde la pág. 247 hasta la 335, son tres Apéndices: I, pasajes en arameo del Vat. 30; II, pasajes repetidos del Vat. 30, y un pasaje del Vat. 60; III, fragmentos de la *Guenizá* (de El Cairo).

Termina el libro con una Nota bibliográfica (pp. 336-337), y la *Bibliografía* (pp. 338-342), que abarca 66 obras, por orden alfabético de autores.

La obra revela muchas horas de trabajo detenido y minucioso sobre el ms., y la copia de textos hebraicos, que ocupan más de la mitad del

libro, que hemos de agradecer al autor, como valiosa contribución al acervo general de estudios que pueden servir a un mayor esclarecimiento y mejor comprensión del texto hebreo bíblico. De un libro, el Génesis, que, como dejamos dicho en otro lugar, goza por más de un concepto de indiscutible hegemonía frente a los restantes antiguotestamentarios.

Estos trabajos servirán de inestimable ayuda para el día lejano sin duda, pero que esperamos llegará, pese a las dificultades que la empresa supone, en que los aunados esfuerzos de judíos, católicos y protestantes, pongan manos a la obra de elaboración —más bien, reelaboración— de un texto verdaderamente crítico de la Biblia hebrea.

DAVID GONZALO MAESO

BÉDA RIGAUX, *Dieu l'a ressuscité; exégèse et théologie biblique* (Studii Biblici Franciscani Analecta, 4), Gembloux (Belgique), édit. J. Duculot, 18, rue Pierquin, 1973. 140 × 120 mm., 474 págs.

Esta obra reciente, debida a la mano de un eminente conocedor del N.T. como es B. Rigaux, tiene el alto valor de presentar el estado actual de la cuestión sobre algo tan fundamental para la fe de la Iglesia como es la resurrección de Jesucristo. A nadie se le oculta hoy la importancia creciente que este tema ha ido cobrando a lo largo de los últimos años dentro y fuera del campo de la teología católica, y las diversas interpretaciones que se dan como respuesta a los problemas planteados en torno a la cuestión de la resurrección. La razón de tal diversidad está en la dificultad que tiene el exegeta o el teólogo para proceder en cada momento libre de presupuestos, que de antemano le determinan ya en una dirección concreta y fácilmente le hacen llegar a conclusiones falsas. En tal sentido es en el que quiere ser una ayuda valiosa el presente estudio de B. Rigaux, que si en algún momento aparece falto de cierta sistematización o de una mayor profundización, sin embargo se mueve siempre con la precisión que exige la exégesis bíblica, sin omitir ninguna de las afirmaciones fundamentales tal como aparecen en el N. T., que por ser tan complejas, arrojan también mayor luz sobre el único punto que todas ellas quieren iluminar: que Dios ha resucitado a Jesús, y los Apóstoles se presentan como testigos de este hecho, que es a la vez divino y por tanto teológico, y humano y por tanto histórico.

Tal es la afirmación primaria con que nos encontramos desde las primeras confesiones de fe, himnos y formulaciones del kerigma en la Iglesia más cercana a los acontecimientos de Pascua. Sólo a partir de este hecho es como se podrá explicar después la diversidad de expresiones con que la Iglesia intentó enseguida dar razón de él. Por eso B. Rigaux insiste con razón en que la resurrección, como cualquier otro acontecimiento que pueda ser presentado después en un lenguaje y en unas expresiones humanas, deberá tener siempre la primacía por encima de esa misma percepción o interpretación humana. Este es uno de los problemas fundamentales que tiene planteado hoy el tema de la resurrección y del que